

Biblioteca Films

DEFENDIENDO LA LEY



NUM.
504

AL HOXIE - LONE RED

25
CTS.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Calle de Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX

APARECE LOS MARTES

NÚM. 504

Defendiendo la Ley

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por el gran caballista

AL HOXIE

Narración de HARRY BALTYMORE

Programa **ARAJOL**

Aragón, 225

Barcelona

REPARTO

Fred Watson	AL HOXIE
Edith King	Lone Red
El sheriff	Bill Quilan

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

De uno a otro confín del Oeste americano se extienden inmensas llanuras que serían dominio seguro de los bandidos, a no mediar los esfuerzos de los defensores de la ley, que entre las abruptas montañas, desafiando todos los peligros, mantienen a raya a los aventureros sin escrúpulos.

De poco tiempo atrás la paz que siempre habían disfrutado los trabajadores de los ranchos que por allí había establecidos, se había visto alterada por ciertas gentes sospechosas que habían dado lugar a no pocas reyertas y habían logrado dividirlos en dos bandos enemistados.

En uno de ellos se hallaba Jim Bayley, quien no podía disimular la ira que sentía por la muerte de su encargado, víctima de las rivalidades existentes en la comarca.

Constantemente instaba al "sheriff" para

que descubriese a los asesinos de su encargado y en vista de que nada había conseguido aún, una tarde cuando volvía hacia el rancho se lo encontró y lo detuvo para decirle:

—"Sheriff", todavía sigo esperando que acabe de una vez con los odios que tan frecuentemente llena de sangre esta hermosa comarca.

—Tenga usted paciencia, que todo se andará—respondió el "sheriff" procurando inspirarle confianza.

—Paciencia... paciencia — replicó no de muy buen humor Jim—. La verdad es que antiguamente sólo la paz y la fraternidad reinaba entre nosotros, pero ahora es preciso vivir siempre alerta... ¿Cómo haríamos para terminar de una vez con esta inquietante situación?... Quisiera saber quién es el culpable, y yo le aseguro...

—Calma, calma—le dijo el "sheriff"—. Si nosotros andamos a tiros no haremos otra cosa que aumentar el conflicto, en lugar de solucionarlo...

—Pues a mí me parece que ha llegado el momento de que cada cual se tome la justicia por su mano...

—Vaya usted con cuidado con lo que hace, Bayley—le dijo enérgicamente el "sheriff"—. Ya le he dicho que no faltará quien acabe de una vez con tanta diseusión y pelea, aun cuando tenga que pedir refuerzos...

—Si los refuerzos dan el resultado que los otros estamos aviados—exclamó Jim despectivamente.

El "sheriff" ante aquella insinuación se le quedó mirando fijamente y preguntó con cierta nerviosidad:

—Esa es una opinión mía y nadie me convencerá de lo contrario, hasta que no me lo demuestre.

El "sheriff", cada vez más exaltado por las palabras de Jim, puso en marcha el automóvil en que iba y terminó diciéndole:

—¡Pues ya verán todos cómo acabo yo con los matones, sin necesidad de indicaciones de nadie!

Jim quedó mirando como se alejaba y montó a caballo nuevamente, mientras que murmuraba interiormente:

—¡Ya estamos listos, si esperamos que tú acabes con toda esa caterva de bandidos que inundan la comarca!

Espoleó su caballo y a todo correr se dirigió hacia su rancho, temiendo siempre ser víctima de cualquier atropalía de los contrarios.

SEGUNDA PARTE

Pocos días después de esta conversación, en uno de los ranchos, se hallaba tranquilamente sentado a la puerta del mismo un individuo llamado Jack Khigh, el cual se había hecho cargo de la hacienda después de la muerte de Joe King, el último dueño.

A su lado se hallaba otro individuo, un tal Aloudy, sujeto que podía distinguirse entre todos los que vivían en la comarca por la bajeza de sus sentimientos y por lo innoble de sus acciones.

A pesar de que la hacienda pertenecía a los hijos del difunto propietario, Jack se había aprovechado de la minoría de edad de los dos hermanos y campaba por su respeto en el rancho, sin detenerse a recibir ni atender órdenes de nadie.

Los herederos de Joe King eran una muchacha de unos diecisiete años llamado Edith, bonita como una flor de primavera y sencila.



Oyó un disparo y paró su cabalgadura.

lla y buena como un ángel. El otro era un muchacho de un año de edad más que ella, que se llamaba Franck, y entre los dos hermanos existía un cariño entrañable que por nada, ni por nadie se habría enturbiado.

Como nada hacía sospechar que alterase la vida tranquila que se tiraba Jack Khigh, éste dejaba transcurrir los días apaciblemente, sin otra preocupación que la de irse guardando casi todo el dinero de las ventas de ganado y procurando enredar los asuntos de la hacienda

da para que su cooperación fuese luego imprescindible. Cuando Franck quiso en alguna ocasión intervenir, Jack se valió de modo que el muchacho se enredase y poder terminar él el negocio.

Su cómplice era, desde luego, Aloudy, quien no solamente ayudaba a Jack, sino que sentía una insana pasión por Edith. La belleza de la joven había legado a ser para él una obsesión y la seguía a todas partes esperando el momento de poder encontrarla a solas y saciar su lujurioso apetito.

Pero lo que ninguno sospechaban en aquellos momentos era que el "sheriff" había pedido auxilios al cuartel general de la policía rural y le habían enviado a uno de los policías más expertos y además más valiente de cuantos prestaban servicio por allí.

Se llamaba éste Fred Watson y para él, el peligro era el mayor atractivo de su vida.

Apenas llegó a la comarca se dirigió directamente a casa del "sheriff" y se presentó a él diciéndole:

—Traigo orden del cuartel de presentarme a usted para que me ponga al corriente de lo que pasa por aquí.

—Le he mandado llamar—le dijo el "sheriff"—para que me auxilie en la tarea de poner en claro varios asesinatos que se han cometido últimamente.

Fred Watson inquirió del "sheriff" cuantos

datos necesitaba para empezar sus pesquisas y aquél, después de informarle detenidamente, terminó diciéndole:

—Todos estos asesinatos son el resultado del odio que existe entre los hombres de King y los de Bayley.

—¿Y de quién partió la primera hostilidad? —inquirió nuevamente Watson.

—Durante largos años—siguió diciéndole el “sheriff”—King y Bayley fueron los mejores amigos del mundo, pero desde que King tomó a un capataz que se llama Jack Khight, las relaciones se agriaron. Tuvo unas palabras el capataz con un hombre de Bayley y la cosa empezó a enredarse. Poco después asesinaron a Joe King, después sufrió la misma suerte el capataz de Bayley, y hoy resulta que nadie se atreve a declarar la verdad de lo que pasa.

Watson quedó unos momentos en silencio, como pensando en cuanto le había dicho el “sheriff” y le preguntó de nuevo:

—¿Hay alguien enterado de mi llegada?

—Solamente Bayley lo sabe.

—Está bien, con ese será el primero con quien hablaré—respondió finalmente Watson—. De lo que me acaba de decir sospecho que ese Bayley obró en legítima defensa.

Se despidió del “sheriff” y aprovechando el caballo que aquél le había ofrecido, se dirigió hacia el rancho de Bayley.

Ajenos Jack Khight y Aloudy de la lle-

gada del policía, los cómplices se las creían muy felices. Lo único que inquietaba a este último era el desprecio con que le trataba Edith. La pasión insana que sentía por la joven, hizo que un día la siguiera en uno de sus paseos y cuando la muchacha se dió cuenta de la presencia de su criado se volvió a él y le preguntó airadamente:

—¿Quién le ha dado permiso para acompañarme?

Aloudy, sin cohibirse por el gesto altivo de la muchacha, se acercó más a ella y le dijo maliciosamente:

—Desearía hablar con usted unas palabras.

—Conmigo no tiene nada que hablar—respondió la joven—. Si quiere algo dígaselo a mi hermano o al capataz.

—Es que la única que puede contestarme es usted—replicó Aloudy, cogiendo a la muchacha por las manos—. Usted es la única que puede darme lo que deseo, porque es a usted a quien amo con toda mi alma.

—¡Déjeme en paz!—gritó Edith.

La indignación de la joven la hacía aun mucho más bonita de lo que era y Aloudy, sin poderse contener la estrechó en sus brazos y pretendió besarla.

Cuando los dos jóvenes luchaban a brazo partido y la victoria de Aloudy era casi segura, apareció el hermano de la muchacha. De

un puñetazo derribó a Aloudy, a quien cogió de sorpresa, al mismo tiempo que le decía:

—¡Deja en paz a mi hermana y ocúpate de tu trabajo!

Aloudy se levantó y arremetió contra el muchacho, que con menos fuerzas que él, cayó rodando al primer puñetazo de su contrario. No contento con aquello, Aloudy se arrojó sobre él y comenzó a darle puñetazos. Hizo un esfuerzo Franck King y consiguió levantarse para devolver a su contrario los puñetazos que había recibido. El otro aguantó la acometida y se abrazó al joven con intención de acabar de una vez con él. Pero afortunadamente en la lucha se le cayó el revólver y Edith lo recogió inmediatamente apuntando con él a Aloudy y diciéndole:

—¡Si no se está quieto disparo!

Ante la amenaza de la muchacha, su agresor no tuvo más remedio que levantar los brazos y cuando Franck fué a arrojarle otra vez sobre él, su hermana lo detuvo diciéndole:

—Franck, déjalo, no vale la pena de que te comprometas por él.

El muchacho cogió el arma que tenía su hermana y encañonando a Aloudy, terminó diciéndole:

—¡Vete de aquí y que sea esta la última vez que te encuentre cerca de mi hermana!...

Si otra vez te veo no te volveré a avisar!

Aloudy se marchó más corrido que un ga-



Se escondió convenientemente.

mo y al llegar al rancho le refirió a Jack Klight lo que le había sucedido y terminó diciéndole:

—Ese chiquillo se mete siempre donde no le llaman y le voy a dar un disgusto. Ha terminado amenazándome en serio y creo que será capaz de cumplir lo que dice.

Jack se echó a reír y exclamó burlándose de su amigo.

—Serás un cobarde si te achicas y le haces caso.

—¿Crees tú que Franck sería capaz de matarme?—le preguntó con cierto temor.

—Naturalmente que lo hará, si lo deja tu cobardía—replicó el otro incitándolo.

—Pues yo te prometo que no tendrá tiempo para ello, porque antes lo quito yo de en medio—exclamó Aloudy, marchando dentro de la casa, mientras que su amigo lo miraba socarronamente, pensando que la pasión de Aloudy podía servirle para los fines que perseguía.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS.**

Precio:
UNA pta.

TERCERA PARTE

Como le había dicho al "sheriff", Watson se fué a buscar a Bayley, para empezar su actuación. Caminaba tranquilamente, cuando de pronto oyó un disparo y paró inmediatamente su cabalgadura, temiendo que fuera dirigido a él. Mas instantáneamente vió a un hombre que caía de un caballo y que rodaba hacia un precipicio. El animal que montaba el herido corrió en dirección a donde estaba el policía, quien se apoderó de él, al mismo tiempo que veía a lo lejos, sin poder distinguirle claramente a un hombre que huía y que indudablemente había sido el asesino. Con el caballo en su poder, se dirigió al rancho de Bayley y le dijo, al encontrarse frente al dueño.

—¿Es usted Jim Bayley, como me figuro?
—Yo mismo soy—respondió el otro.

—¿Sabe usted a quién pertenece por casualidad este caballo?

Bayley miró detenidamente al animal y respondió seguro.

—Precisamente pertenece a un individuo llamado Aloudy, de la hacienda de King.

—¿Y quién lo ha montado hace poco?— siguió preguntando Watson.

Bayley, que era un hombre de pocas palabras, al darse cuenta del interrogatorio de que era objeto, contestó de mal talante:

—No me dirija más preguntas... Todo cuanto sé, ya se lo he dicho. No sé más que es el caballo de Aloudy.

—Pues le diré que el que lo montaba hace poco ha muerto de una indigestión de plomo... ¿Fué usted quien despachó esa receta?

Bayley miró indignado al individuo que de aquella forma se atrevía a interrogarle y terminó diciéndole:

—Para ser forastero habla usted demasiado, joven.

—Le diré quien soy y entonces tal vez no le parezca tan exagerada mi conversación— siguió diciéndole el policía—. Yo soy el hombre que el "sheriff" ha enviado a buscar, para averiguar lo que pasa por aquí.

Cambió repentinamente el aspecto de Bayley y sonriendo amigablemente le ofreció la mano al mismo tiempo que le decía:

—Me alegro de conocerle y si algo necesita

de mí estoy dispuesto a ayudarle, sea en lo que sea.

—Muchas gracias — respondió Watson—. Creo que tendremos trabajo para los dos.

—He de advertirle, por si acaso no se lo ha dicho el "sheriff"—exclamó Bayley—, que en esta comarca ni con dos pistolas anda usted seguro... Tenga usted mucha vista.

Watson sonrió confiado en sí mismo y le respondió:

—Pues hasta sin una siquiera, confío en arreglarlo todo. Aquí debe haber un hombre que es el que se dedica a enredar las cosas y a ese es al que hay que descubrir... Ya verá como todo se arregla antes de lo que esperamos.

—Lo dudo—respondió Bayley—. Poco a poco irá usted dándose cuenta de ella y de lo difícil que es su misión.

Watson, sin querer discutir más con Bayley, terminó diciéndole:

—Bueno, veremos quien de los dos tiene razón. Por lo pronto voy a llevar este caballo a la hacienda de King.

Cogió el animal que hasta hacía poco había montado Aloudy y se dirigió hacia la hacienda de King. Al llegar a ella encontró a los dos hermanos que hablaban con su capataz y se dirigió a éste preguntándole:

—¿Es de su propiedad este caballo?

—Sí—respondió el capataz reconociéndolo,

—precisamente hace un momento salió Aloudy, uno de mis hombres, con él.

—Pues no crea que vuelva a montarlo más —siguió diciéndole Watson—. Le han despachado para el otro barrio con un poco de plomo.

—¿Ha visto usted quien disparó?—preguntó inmediatamente Jack.

—Solamente le vi de lejos, en el preciso momento en que se escapaba y no podría distinguirle.

—Entonces... ¿no le reconocería usted si le viese? —inquirió otra vez el capataz.

—Ya le he dicho que no me sería muy fácil... Estaba a bastante distancia de mí y no pude verle la cara.

Jack quedó un momento en silencio y apoderándose de las riendas del caballo que había montado Aloudy, le dijo a Watson:

—Muchas gracias, forastero, por haberse molestado en devolverme el caballo.

—No tienen de qué darlas—respondió Watson—. Siempre que me necesiten me encontrarán a su disposición en la oficina del sheriff”.

Watson saludó a Edith, que durante todo el rato no había apartado la vista de él y se despidió de ellos. Pero en vez de marcharse, se escondió convenientemente, con el presentimiento de que allí estaba encerrada la incógnita de cuanto pasaba en el rancho y aguar-

dó para ver la actitud de aquellos tres personajes. Desde su escondite pudo oír a Jack que le decía a Franck King:

—La cosa se pone fea para ti, muchacho.

—¿Cree que podrían acusarme de la muerte de Aloudy?—preguntó extrañado el joven.

—Después de la disputa que sostuvisteis con Aloudy no sería extraño que te viese mezclado en la investigación... El que ha traído el caballo es un policía rural... Si obedeces mis instrucciones yo te sacaré con bien de este ío.

Edith, temiendo que pudiera ser verdad lo que le decía el capataz se abrazó a su hermano y le suplicó angustiada:

—Franck, hermano mío, haz lo que te dice Jack y procura salvarte.

No obstante, el muchacho se resistía y protestaba de su inocencia diciendo:

—Pero, ¿por qué he de obrar como si fuera el culpable? Yo no he matado a Aloudy.

—Yo también te creo—le dijo Jack—, pero lo mejor es tomar precauciones y ponerse a salvo... Lo mejor es que te escondas y no te muevas hasta que yo te avise.

Luego se dirigió a la muchacha y le dijo:

—Tampoco estaría de más que usted fuera a la ciudad a buscar dinero, por si es preciso comprar a alguien.

Mientras los hermanos entraban al interior de la casa, para hacer los preparativos, Jack

fué a donde tenía atado su caballo y de la montura sacó la escopeta, le quitó un cartucho que acababa de ser disparado y nuevamente puso el arma en su sitio, para evitar toda sospecha.

Watson vió todo aquello y pensó que el interés que tenía aquel hombre en obligar a Franck a ocultarse, para que apareciera culpable, no tenía otro fundamento que el de poder librar al verdadero asesino. Luego el hecho de sacar de su escopeta el cartucho recién disparado, era un detalle más para que sus sóspechas recayesen sobre el capataz.

Poco después, cada hermano partía en dirección diferente y Jack fué a la choza donde estaban sus cómplices, que eran cuatro y les dijo:

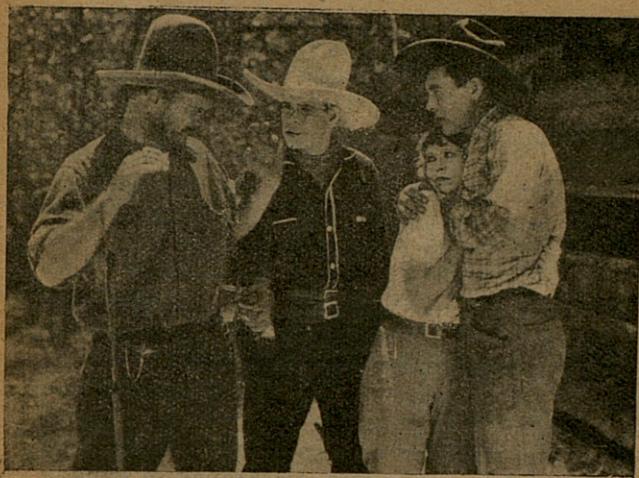
—He mandado a Franck a la cabaña de la frontera y a Edith a buscar dinero a la ciudad. Id en busca del muchacho y decidele que vais de parte mía para ayudarle... Yo os esperaré en el rancho.

Partieron los cuatro individuos camino de la choza de la frontera y al poco rato divisaron a Edith, quien bajo el impulso de un extraño presentación había seguido al capataz.

Los cómplices de éste, al ver a la muchacha, exclamaron extrañados:

—Ahí va Edith... Este no es el camino de la ciudad... Sigámosla a ver lo que hace

Echaron sus caballos tras la joven, quien



— ¡Alto todo el mundo!

al darse cuenta de que era perseguida, hostigó a su cabalgadura y se lanzó a todo correr hacia la choza donde sabía que estaba su hermano.

Apenas había corrido un cuarto de hora cuando fué alcanzada por los amigos del capataz, que la detuvieron diciéndole:

— ¡Tiene usted que venir con nosotros!

— ¿Por qué?—preguntó la joven—. ¿Qué quieren ustedes de mí?

— Nada—le respondieron—, solamente que se quede con nosotros, hasta que el amo nos dé órdenes.

Habían llegado a la choza donde ya estaba Franck y éste al ver que traían detenida a su hermana, intentó pelearse con todos los que la acompañaban.

La lucha entre ellos y el joven hubiese sido rapidísima, si de pronto no hubiera aparecido Watson, que encañonando con su pistola a los bandidos y diciéndoles:

—¡Alto todo el mundo!...

Los bandidos levantaron los brazos al aire en señal de acatamiento y Watson, sin dejar de apuntarles, les dijo nuevamente:

—A caballo todo el mundo y largo de aquí.

Sin rechistar una palabra se alejaron de aquel lugar, mientras que Franck se sometía a Watson diciéndole:

—Ya sé que es a mí a quien busca usted, pero puedo asegurarle que soy inocente, que no he cometido delito alguno.

—Ya lo sé—respondió Watson—. Estoy seguro de que le querían hacer pasar por el culpable para poderse salvar el verdadero asesino...

Edith miraba agradecida a aquel hombre que tan generosamente se había expuesto por salvarlos y en sus ojos apareció una llamarada que era más fuerte que el sentimiento de agradecimiento.

Watson, por su parte, no pudo menos que sentir también una extraña sensación en pre-

sencia de aquella preciosa chiquilla y deseando estar a su lado el mayor tiempo posible, le dijo:

—Regresaré con ustedes a la hacienda... Quiero permanecer a su lado hasta dejar aclarada la verdad de los hechos.

Y juntos los tres jóvenes se dirigieron hacia la hacienda de Franck, donde entraron poco después, sin encontrar allí a Jack.

Watson, acostumbrados a tratar esta clase de asuntos, les dijo a los dos hermanos apenas entraron:

—Vigilen todas las ventanas y si hay alguna abierta ciérrrenla en seguida, antes de que puedan sorprendernos.

—¿Cree usted que vendrán aquí?—preguntó el muchacho temeroso.

—Tengo la completa seguridad—respondió Watson—. Si hubiéramos encontrado aquí a Jack la cosa variaría de aspecto, pero sin duda él estará aguardando a sus hombres para saber el resultado.

Edith fué la que primero empezó a obedecer las órdenes del policía y poco después, secundada por su hermano, no quedó en toda la casa más sitio por donde entrar que la puerta. Cuando quedaron convencidos de ello, volvieron a donde estaba el policía, y Franck le dijo:

—Ya está todo preparado.

—Pues ahora no tenemos otra cosa que esperar la llegada de ellos. El que quiera entrar que entre, ya veremos cómo sale.

Mientras aguardaban, Watson fué inquirendo detalles de cómo entró en la hacienda, y el policía le interrumpió para decirle:

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí hasta la muerte de su padre?

—Escasamente dos meses — respondió Franck.

—¿Y el capataz anterior a él, qué le sucedió? ...

—Murió también a consecuencia de las reyertas entre la banda de Aloudy y la que capitaneaba Jack.

—¿Y no advirtieron ustedes nunca nada anormal en su nuevo capataz? — inquirió Watson.

—Únicamente que no quería que interviniese yo para nada en los negocios... Tengo la seguridad que quería dejar la hacienda en un estado ruinoso para que él tuviese que ser el imprescindible.

—Con todo eso nada podemos hacer contra él—respondió el policía—. No tienen ustedes pruebas y a no ser por la muerte de Aloudy, Jack volvería a ser puesto en libertad.

Los dos hermanos guardaron silencio, mientras que Watson se dedicaba a inspeccionar personalmente toda la casa, hasta que de pron-

to sintieron ruidos de pisadas de caballos que se acercaban y Watson exclamó:

—Ya los tenemos aquí... Me parece que no va a tardar mucho a empezar el baile.

Y con el corazón tembloroso, Edith esperó la llegada de aquellos hombres, a la vez que Watson sonreía pensando en la sorpresa de Jack.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

capataz de la hacienda de King, para aplacar su nerviosidad había ido a esperar a sus cómplices y cuando los vió llegar les preguntó:

CUARTA PARTE

El capataz de la hacienda de King, para aplacar su nerviosidad había ido a esperar a sus cómplices y cuando los vió llegar les preguntó:

—¿Ha ido todo bien?

Uno de ellos le explicó lo que había ocurrido y Jack exclamó alarmado:

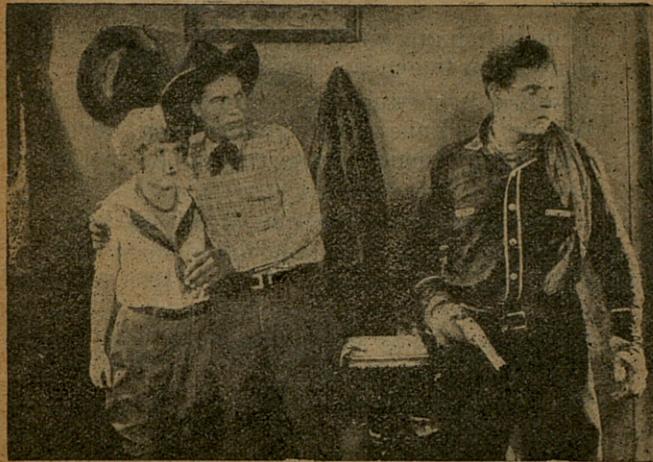
—Hemos de quitar de en medio a ese individuo que se titula defensor de la ley... Prepararse por si tenemos que entrar en acción.

Echaron a correr hacia la hacienda y al llegar a la puerta, Jack detuvo a sus amigos diciéndoles:

—Primero cercaremos la casa... Pero... ¡Cuidado con disparar antes de que yo dé la señal!

Y una vez que los tuvo apostados en sitios convenientes, entró a la casa, donde encontró a Watson, a quien le dijo airadamente:

—¿Qué hace usted otra vez aquí?



Entraron sin encontrar a Jack.

Watson, con una sonrisita irónica le dijo, afectando la mayor amabilidad:

—Voy a llevar a estos jóvenes a casa del "sheriff".

—¿Por qué motivo?—inquirió nuevamente el capataz.

—Por la sencilla razón de que allí estarán mucho más seguros que aquí.

Jack, sin perder por completo toda su sangre fría, le respondió enérgicamente:

—¡Me parece que está usted olvidando que esta hacienda está a mi cargo y que mis ór-

denes tienen que ser obedecidas!... ¡Estos muchachos no tienen por qué salir de aquí!

—Eso es cuestión de criterios — exclamó Watson—. Yo estoy defendiendo la Ley y puedo dar órdenes, sin necesidad de recibir ninguna.

Sin darse cuenta de que él mismo había cerrado la puerta, Jack se adelantó hacia Watson y le dijo:

—¡Ni usted, ni nadie se atreverá a contradecir mis órdenes aquí! No admito ninguna clase de razonamiento.

—¿Ni este?—preguntó Watson, dándole un puñetazo que le hizo rodar por tierra.

Jack se levantó y arremetió contra el policía. Los dos hombres eran de fuerzas casi iguales y solamente la práctica de la esgrima que tenía Watson era lo que le daba cierta superioridad.

Jack, al advertirlo, optó por terminar de una vez con él, y sacó el revólver con ánimos de disparar, pero Watson se arrojó encima de él imposibilitando su acción y doblándole la muñeca hizo que el otro arrojara el arma.

—Apodérese del revólver, Franck—le ordenó Watson.

El muchacho lo hizo así y Jack, sometido de aquella forma, aparentó no intentar ninguna nueva agresión. Pero mientras le tenía encañonado no apartaba la mirada de un muchacho

llo que había visto y en un descuido de Watson se apoderó de él para arrojárselo.

Otra vez el policía se abalanzó sobre el bandido y los dos rodaron por tierra luchando por la posesión de aquella arma.

—¡Corra a pedir auxilio a Bayley y al “sheriff” para que vengan enseguida.

El muchacho salió por una de las ventanas, con el fin de no ser visto por los hombres de Jack, que seguía dentro de la casa luchando contra Watson.

Afuera, los cómplices del capataz, al ver que éste no daba señal alguna empezaron a intranquilizarse e intentaron abrir la puerta. Al ver que estaba cerrada llamaron repetidas veces y en vista de que no le abrían, pensaron que algo anormal ocurría.

—¡Es preciso entrar! — exclamó uno de ellos.

—Echemos la puerta abajo—gritó otro.

Se apoderaron de un tronco de árbol y arremetieron los cuatro contra la puerta, que desde el primer momento ofreció una gran resistencia, a pesar de lo débil que parecía.

Pero siguieron en aquella maniobra algunos minutos hasta que por fin consiguieron derribarla y entrar dentro, encañonando a Watson, a quien dijeron:

—¡Ahora verás lo que les pasa a los que pretenden meterse donde nadie los llama!

Mas cuando más confiados estaban en su

victoria, por las ventanas y puertas se vieron encañonados por los hombres de Bayley y del "sheriff", que les gritaron:

—¡El primero que se mueva, es hombre muerto!

Como todos los maleantes que su instinto de conservación es mayor que su valentía, no opusieron resistencia a la orden recibida y Watson se dirigió a Jack Khigh, diciéndole:

—¡Te arresto en nombre de la Ley para responder de la muerte de Joe King.

—Nadie podrá probar mi culpabilidad.

—Pero puedo demostrar que eres el asesino de Aloudy—le dijo Watson—. Lo que es esta vez no escaparás de la soga... será tu última corbata.

Los hombres del "sheriff" y los de Bayley se habían apoderado ya de los bandidos y Watson siguió diciendo:

—Amigo Bayley..., al entregar toda esta gente al castigo de la Ley, podemos decir que hemos terminado para siempre con las pendencias y los odios que convertían esta hermosa comarca en un infierno... Todo lo que ha hecho Jack lo ha hecho para apoderarse de esta hacienda, pero el juego le ha salido mal y ha perdido.

Entre los amigos de Bayley y los del "sheriff" sacaron a los detenidos fuera de la casa y al quedar solos los dos hermanos y Watson,



—¡Apodérese del revólver!

que no apartaba los ojos de Edith, Franck exclamó:

—¿Dónde podríamos encontrar ahora un capataz honrado que fuera de nuestra confianza?

Edith miró fijamente a Watson y respondió a su hermano:

—Yo conozco a uno, pero no sé si tendrá interés en quedarse con nosotros.

—¿Quién es—preguntó Franck.

Edith, mirando amorosamente a Watson, respondió nuevamente:

—Para mí el hombre más digno de confianza es Watson... Ahora falta que él diga si quiere quedarse a mi lado.

El policía, que no deseaba otra cosa, estrechó en sus brazos a Edith, al mismo tiempo que decía:

—Ahora me quedaré de capataz, pero con la condición de que me tengo que quedar contigo... ¿Aceptas?

Y antes de que la joven respondiera, su hermano echándose a reír, les dijo:

—Esperad que yo me vaya afuera y podéis seguir hablando.

Y todavía no había llegado a la puerta, cuando oyó el muchacho el sonido de un beso y pensó que no solamente había encontrado el capataz, sino que también había encontrado un cuñado.

FIN

Los últimos éxitos de la temporada 1933

en

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: 1'00 peseta

INDISCRETA

Creación de los eminentes artistas GLORIA SWANSON
- BARBARA KENT - BEN LYON.

Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

EL DR. ARROWSMITH

La novela de un cruzado de la ciencia, interpretada por los artistas RONALD COLMAN y HELEN HAYES.

Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

LA ULTIMA ACUSACIÓN

Una magna creación del ídolo JOHN BARRYMORE y HELEN TWELVETREES.

Producción: R. K. O. Exclusivas SICE

DIPLOMÁTICO DE MUJERES

Creación de MARTHA EGGERTH y MAX HANSEN

Exclusivas: HUET

LA HIJA DEL DRAGÓN

Destacada producción del gran trágico SESSUE HAYAKAWA - ANA MAY WONG - WARNER OLAND.

Producción: PARAMOUNT FILMS

Pida el nuevo Catálogo ilustrado de las inimitables
Ediciones Biblioteca Films que se remite gratis

PEDIDOS A:

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona

Cuentos de colores

Colección
amena y
sugestiva

Cuentos verdes

(No apta para señoritas)

Cuentos blancos

Cuentos lilas

Cuentos amarillos

Precio del tomo: 30 cts.

Pídalos antes de
que se agoten

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Los últimos éxitos de la temporada 1933

en

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: 1'00 peseta

INDISCRETA

Creación de los eminentes artistas GLORIA SWANSON
- BARBARA KENT - BEN LYON.

Producción: **ARTISTAS ASOCIADOS**

EL DR. ARROWSMITH

La novela de un cruzado de la ciencia, interpretada por
los artistas RONALD COLMAN y HELEN HAYES.

Producción: **ARTISTAS ASOCIADOS**

LA ULTIMA ACUSACIÓN

Una magna creación del idolo JOHN BARRYMORE y
HELEN TWELVETREES.

Producción: **R. K. O. Exclusivas SICE**

DIPLOMÁTICO DE MUJERES

Creación de MARTHA EGGERTH y MAX HANSEN

Exclusivas: **HUET**

LA HIJA DEL DRAGÓN

Destacada producción del gran trágico SESSUE
HAYAKAWA - ANA MAY WONG - WARNER OLAND.

Producción: **PARAMOUNT FILMS**

Pida el nuevo Catálogo ilustrado de las inimitables
Ediciones Biblioteca Films que se remite gratis

PEDIDOS A:

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona